



BUNDESPRÄSIDENTIALAMT

El discurso al internet:
www.bundespraesident.de

página 1 de 6

**Presidente Federal, Joachim Gauck,
tras jurar su cargo ante el Bundestag Alemán
el 23 de marzo de 2012
en Berlín**

¡Señor Presidente del Bundestag Alemán! ¡Muy distinguidos señoras y señores! ¡Queridas y queridos conciudadanos dentro y fuera de Alemania! En primer lugar quiero expresarle a usted, Señor Presidente, mi más cordial agradecimiento por su inimitable manera de dirigir esta sesión y por el luminoso ejemplo trasladado a nuestro país de que la política puede ser gratificante.

Señor Presidente del Bundesrat, ha encontrado usted palabras que han dejado en mí y seguramente también en el Presidente Federal Wulff un eco profundo y perdurable. Se lo agradezco.

Queridas y queridos conciudadanos, ¿cómo ha de ser este país para que nuestros hijos y nietos se refieran a él algún día como “nuestro país”? ¿Seguirá su avance la atomización del individuo en este país? ¿Seguirá abriéndose la brecha entre ricos y pobres? ¿Nos devorará la globalización? ¿Se sentirán perdedores quienes se vean relegados a los márgenes de la sociedad? ¿Establecerán contraculturas las minorías étnicas o religiosas en aislamiento voluntario o denunciado? ¿Tiene permanencia el ideal europeísta? ¿Amenaza una nueva guerra en Oriente Medio? ¿Podrá un fanatismo criminal seguir amenazando, intimidando y asesinando a personas pacíficas en Alemania y otras partes del mundo?

Cada día, cada buceo en los medios trae consigo un sinnúmero de nuevos miedos y preocupaciones. Hay quien ante todo esto idea vías de escape, desconfía del futuro, teme el presente. Mucha gente se pregunta: ¿Qué vida es esta que me ha tocado vivir, qué libertad es esta? Entonces para estas personas mi tema vital, la “libertad”, resulta que no es un augurio de esperanza, una promesa, sino tan solo una fuente de incertidumbre. Comprendo esa reacción, pero no es mi intención darle pábulo. Los miedos –así lo he aprendido en mi larga vida– minan tanto nuestro valor como nuestra autoconfianza, y en

DIRECCION	Bundespräsidialamt 11010 Berlin
TEL / FAX	030 2000-2021/-1926
E-MAIL	presse@bpra.bund.de
INTERNET	www.bundespraesident.de

ocasiones lo hacen de forma tan decisiva que podemos perder ambas cosas por completo, incluso hasta el punto de que tomamos la cobardía por virtud y entendemos el escapismo como una actitud legítima en el espacio político.

En lugar de eso –como no lo quiero– me propongo utilizar mi memoria como impulso y fuerza impulsora, para aleccionarnos y motivarnos, a mí y a nosotros. Así pues, lo que ilusiono es una memoria viva que abarque también aquello que hemos logrado en nuestro país tras todos los crímenes de la dictadura nacionalsocialista y los horrores de la guerra. En la parte occidental de Alemania eso, lo logrado, recibió primeramente el nombre de “milagro económico”. Alemania se recuperó. Los refugiados y máxime los damnificados por los bombardeos recibieron viviendas. Tras años de privaciones el ciudadano medio pudo participar del creciente bienestar, por cierto que no cada cual en igual medida.

Sin embargo, para mí los automóviles y frigoríficos y todo el nuevo esplendor de una nueva prosperidad no fueron lo maravilloso de aquella década. Yo percibo a mi país ante todo como un país del “milagro democrático”. En contra de lo temido por los aliados acabada la guerra, en la Alemania de la posguerra el revanchismo nunca contó con un apoyo mayoritario. Es cierto que el ideario nacionalsocialista dejó un poso, pero de aquello no surgió una fuerza que realmente pudiera tener virtualidad generadora alguna. Antes al contrario, surgió un orden democrático estable. La parte occidental de Alemania se incorporó al mundo occidental libre.

Pero, eso sí, hubo déficits permanentes a la hora de encarar la propia historia de aquella época. El espíritu de aquellos tiempos estuvo marcado por la represión psicológica de la propia culpa y la carencia de empatía hacia las víctimas del régimen nazi. No sería sino la generación del 68 la que cambiaría definitivamente las cosas. Por entonces mi generación se vio confrontada con el agujero profundamente negro de la historia alemana, cuando la generación de nuestros padres ultrajó a nuestros vecinos, de dentro y de fuera, con hbris, muerte y guerra. El mérito lo tuvo, por siempre, esa generación, la del 68: el poder recordar nuevamente, de otra manera y con más hondura fue una bendición arduamente conquistada. A pesar de todos los extravíos que también llevó aparejada la rebelión del 68, la culpa histórica fue asimilada por la conciencia colectiva.

Esa labor de recuperación de la memoria histórica, basada en hechos y guiada por valores, no solo nos marcó el camino a seguir a partir de 1989 a los habitantes de Alemania oriental. También es tomada como referencia modélica por muchas sociedades que se han sacudido el yugo del totalitarismo o el despotismo y no saben cómo afrontar el peso del pasado.

El sí decidido de los alemanes occidentales a Europa es otro preciado bien de la historia alemana de posguerra, un patrimonio de la memoria que debería seguir importándonos. Konrad Adenauer, canciller del país muy poco tiempo atrás marcado y luego arruinado por el nacionalismo, se convirtió en uno de los padres fundadores de una integración europea con la mirada hacia el futuro. ¡Gratitud y alegría!

Igual que tiempo después –1989– llegó este nuevo tesoro de nuestro patrimonio de la memoria. Ocurrió que los alemanes orientales fueron capaces de hacer una revolución pacífica, una revolución pacífica por la libertad. Nos hicimos pueblo, y fuimos un solo pueblo. Y no se olvide nunca: antes de la caída del Muro los muchos tuvieron que empoderarse. Solo cuando la gente se haya alzado y clamado “Nosotros somos el pueblo” podrá afirmar “Somos un solo pueblo” y caerán los muros.

En aquel momento también se borró sin derramar una sola gota de sangre el inveterado antagonismo Este-Oeste de los tiempos de la Guerra Fría, y el peligro de guerra derivado de ello fue conjurado y liquidado.

El sentido de que hable así es que no quiero hablar solo de los lados de sombra, de la culpa y del fracaso. Tampoco debe caer en el olvido aquella parte de nuestra historia que abarca la refundación de una cultura política de la libertad, la responsabilidad vivida, la capacidad de paz y la solidaridad de nuestro pueblo. Ello no supone un cambio de paradigmas en la cultura de la memoria. Es un ejercicio de complementación de los paradigmas. Debe servirnos de aliento: Aquello que se ha conseguido reiteradas veces en el pasado, el asumir los retos de la época y superarlos con todo el empeño posible –aunque no fuera enseguida de forma ideal– también es un gran aliciente para nosotros de cara al futuro.

¿Cómo ha de ser pues este país para que nuestros hijos y nietos se refieran a él como “nuestro país”? Ha de ser “nuestro país” porque “nuestro país” conjugue justicia social, participación y posibilidades de ascenso social. El camino hacia esa meta no es el de una política asistencial de corte paternalista sino el de un Estado social previsor y facilitador. No debemos tolerar que haya niños que no puedan desenvolver sus talentos por falta de igualdad de oportunidades. No debemos tolerar que haya personas que tengan la sensación de que para ellas el esfuerzo ya no merece la pena y a ellas la progresión social les está vedada incluso aunque pongan todo su empeño. No debemos tolerar que haya personas que tengan la sensación de no formar parte de nuestra sociedad por ser pobres o mayores o por tener una discapacidad.

La libertad es una condición necesaria de la justicia. Por cuanto lo que entraña la justicia, incluida la justicia social, y lo que debemos

hacer para alcanzarla no se puede dictar desde el paternalismo sino que únicamente puede dilucidarse a través de un intenso debate democrático. A la inversa, el empeño por alcanzar la justicia es indispensable para salvaguardar la libertad. Si aumenta el número de personas que tengan la sensación de que su Estado no se toma en serio el designio de instaurar un orden social justo, disminuye la confianza en la democracia. Por tanto, "nuestro país" tiene que ser un país que enlace ambas cosas: la libertad como condición de la justicia y la justicia como condición para poder vivir la libertad y la propia vida.

En "nuestro país" también han de poder estar en su casa cuantos viven aquí. Entre tanto vivimos en un país en el que se han asentado, junto a la tradición cristiana y de lengua alemana, absolutamente sobreentendida, religiones como el Islam y también otras lenguas, otras tradiciones y culturas; un país cada vez menos susceptible de definirse por la pertenencia nacional de sus ciudadanos sino por su pertenencia a una comunidad de valores políticos y éticos, un país en el que lo comunitario no viene determinado exclusivamente por la comunidad de destino surgida a lo largo del tiempo, sino progresivamente por la aspiración de los diferentes de plasmar lo común: este nuestro país en Europa.

Y eso, lo común que nos une, lo hallamos en este nuestro país en Europa, un país donde queremos convivir en libertad, en paz y en solidaridad.

Sin embargo, mal iríamos si, por ignorancia o por mal entendida corrección, cerrásemos los ojos ante problemas realmente existentes. El Presidente Federal Johannes Rau ya se refirió a ello con rotunda claridad en su Discurso Berlínés de hace doce años. Pero, las cosas como son, en lo tocante a la convivencia a fin de cuentas no debemos dejarnos guiar por temores, resentimientos ni proyecciones negativas. El Presidente Federal Christian Wulff ha aportado durante su mandato impulsos permanentes para una sociedad receptiva y abierta. Presidente Federal Wulff, este su anhelo será asimismo mi afán constante.

Señoras y señores, nuestra Constitución les reconoce a todas las personas la misma dignidad, sin importar de dónde vengan, cuáles sean sus creencias o qué lengua hablen. No lo hace como recompensa a una integración lograda, pero tampoco invalida ese reconocimiento como sanción del rechazo a integrarse. Nuestra Constitución y nuestra identidad humana nos encomiendan a reconocernos a nosotros mismos fraternalmente en el otro: tan dotado y legitimado para ser participe como nosotros mismos.

El filósofo Hans-Georg Gadamer entendía que, tras las convulsiones de la historia, nos aguardaba –sobre todo a nosotros en Europa– una "verdadera escuela" de convivencia en un espacio mínimo. "Vivir con el otro, vivir como el otro del otro." En eso consistía

a su entender la misión ética y política de Europa. El preservar ese sí a Europa es otra de las tareas que impone el tiempo presente. La tendencia a recluirse en la esfera del Estado nacional es muy pronunciada justamente en tiempos de crisis. Pero la convivencia europea no es factible sin el aliento vital de la solidaridad.

Por eso precisamente en tiempos de crisis el posicionamiento debe ser: Tenemos el ánimo y la voluntad de avanzar por la senda de la profundización de Europa.

Veo también con alegría que la mayoría de los alemanes vuelve a dar y sigue dando futuro a este ideal europeísta.

Para mi generación Europa significó augurio de esperanza –sobre la base de tradiciones occidentales, el legado clásico grecolatino de un orden jurídico común, el legado cristiano y judío. Para mis nietos hace tiempo que Europa es una realidad vital actual con una libertad que trasciende las fronteras y con las oportunidades y preocupaciones propias de una sociedad abierta. Esa realidad vital es un maravilloso beneficio, no solo para mis nietos.

¿Qué más ha de tener este país para que nuestros hijos y nietos lo consideren “nuestro país”? No solo aquí sino también en Europa y más allá la democracia representativa es el único sistema capaz de establecer un equilibrio entre los intereses de grupo y los intereses del bien común.

Lo definitorio de este sistema no es su perfección sino su capacidad de aprendizaje.

Pero junto a los partidos y otras instituciones democráticas existe un segundo sostén de nuestra democracia: la sociedad civil activa. Las iniciativas ciudadanas, los movimientos ad hoc y asimismo parte de la comunidad digital complementan la democracia parlamentaria con su compromiso, pero también con su protesta, y contrarrestan carencias. Y otra cosa: A diferencia de la democracia de la República de Weimar, nuestro país sí que tiene suficientes demócratas para defenderla de las aberraciones de los fanáticos, terroristas y asesinos. Todos esos demócratas dan testimonio, por diferentes motivos políticos o religiosos, de lo siguiente: No consentimos que nos quiten nuestra democracia, damos la cara por este país.

Damos la cara por este país, no porque sea un país perfecto, sino porque nunca antes vimos otro mejor.

Especialmente a los ultraderechistas que desprecian nuestra democracia les decimos con toda claridad: Vuestro odio es nuestro acicate. No dejamos a nuestro país en la estacada.

Ni os vamos a regalar nuestro miedo. Seréis pasado y nuestra democracia seguirá viviendo.

Los extremistas de otros signos políticos se toparán del mismo modo con nuestra determinación. Y también pondremos coto a aquellos que bajo el manto de la religión traigan el fanatismo y el terror al país y se retrotraigan a tiempos anteriores a la Ilustración europea. A ellos les decimos lo siguiente: Los pueblos marchan camino de la libertad. Quizás entorpezcáis la marcha, pero no la podréis detener definitivamente.

Sin embargo, sí que me causa temor el distanciamiento de buena parte de la ciudadanía hacia las instituciones democráticas: los bajos índices de participación en las elecciones, también el menosprecio o incluso desprecio del compromiso político, de la política y a los políticos. “¿Qué?”, oímos a menudo en el entorno privado, “¿que tú asistes a las reuniones de una agrupación local?” “¿Cómo dices, que trabajas activamente en un sindicato?” Algunos eso no lo consideran exactamente “cool”. A veces yo me pregunto: ¿Adónde iría a parar realmente nuestra sociedad sin ese tipo de actividades?

Ese distanciamiento entre gobernantes y gobernados no nos vale de nada a nadie. Mi ruego a ambos, gobernantes y gobernados, es el siguiente: No os conforméis con ese creciente distanciamiento.

Para los responsables del quehacer político eso significa una cosa: Hablad abierta y claramente, así es como se puede recobrar la confianza perdida.

A los gobernados, nuestros ciudadanos, les pedimos una toma de conciencia: No sois solo consumidores. Sois ciudadanos, por tanto tenéis capacidad de articular, de ser partícipes de las tareas articuladores. Quien puede participar pero renuncia a la participación sin necesidad está desaprovechando una de las más hermosas y formidables posibilidades de la existencia humana: vivir la responsabilidad.

Para terminar me voy a permitir pedirles a todos ustedes un regalo: el regalo de la confianza. Les pido en última instancia confianza hacia mi propia persona. Pero antes quiero pedirles confianza hacia cuantos desempeñan responsabilidades políticas en nuestro país, como les pido a ellos confianza hacia todos los habitantes de este país reunificado y adulto. Y antes todavía les pido a todos ustedes que sean valientes y empiecen siempre por confiar en sí mismos. Decía Gandhi que solo puede avanzar y tener éxito quien confía en sí mismo. Según Gandhi, eso vale tanto para las personas como para los países.

Que a los hijos y nietos de este país les vayamos a dejar en herencia dinero o bienes es algo que no sabemos. Pero que es posible no dejarse llevar por los miedos sino elegir el coraje, eso no solo lo soñamos sino que lo vivimos y lo demostramos. Gracias a Dios y a la gente: esa herencia sí que pueden esperarla.